



4 - La izquierda vasca y el futuro

La izquierda abertzale sin ETA

Petxo Idoyaga

La historia de la izquierda abertzale ha estado vinculada absolutamente a la historia de ETA desde que ésta, nacida el año 1959, interrumpió en el espacio público en los albores de los años sesenta. El futuro de la izquierda abertzale -y el de la izquierda vasca, en general- en el espacio sin ETA será, sin duda, uno de los problemas más relevantes del nuevo tiempo político que se abre en Euskal Herria. Habrá que ver cómo discurre y no parece muy útil especular en demasía. Pero, al menos, puede resultar útil valorar cómo llega a este nuevo tiempo y plantear algunas primeras inquietudes sobre el futuro.

Organización armada y movimiento sociopolítico: fin del proceso regenerativo. En junio de 1968, ETA sufrió la primera muerte de uno de sus militantes, Txabi Etxebarrieta, en un enfrentamiento con la Guardia Civil. Pueblo a pueblo, las masivas concentraciones y movilizaciones en protesta por tal hecho revelaron que ETA no era sólo una organización armada de jóvenes atraídos por

Cuba, el Che o Argelia, sino el referente de un nuevo movimiento sociopolítico vasco: la izquierda “abertzale” o nacionalista. Y se ha mantenido en ésta un factor sociológico muy significativo y constante desde ese final de los años sesenta: la incorporación amplia de juventud a su militancia más activa, incluso en los tiempos en que el movimiento juvenil ha decaído más. Debe añadirse otro factor sociológico significativo a partir de la instauración de la actual democracia parlamentaria: su consolidación como un movimiento electoral amplio.

Durante estos años, ETA ha pasado por diversas crisis e incluso rupturas internas /1. Pero todas ellas se han saldado con el agrupamiento de ese movimiento social y político de izquierda abertzale alrededor de la organización armada.

Ese carácter sociopolítico de la izquierda abertzale ha permitido que hasta en tiempos tan complicados como los vinculados a su ilegalización electoral y partidaria, haya mantenido una notable presencia en la esfera pública. Sin embargo, eso no ha bastado para corregir un proceso como el de los últimos años, en el que lo degenerativo primaba ya sobre lo regenerativo, en el que los espacios e influencias que se perdían pesaban ya mucho más que las ganadas y en el que el futuro mismo de la izquierda abertzale aparecía más que dudoso.

En una deriva de esta magnitud intervienen siempre diversos factores y causas. Pero hay una que es la determinante principal. La ruptura de la tregua de ETA, al año y poco de haberla dictado en el entorno del Pacto de Lizarra en otoño de 1998, fue un salto al vacío de tal magnitud que sólo dejó posible una forma de continuidad para ETA: devorar a la izquierda abertzale como movimiento sociopolítico por hacerla caminar bajo su sombra. El fenómeno no era totalmente nuevo. Venía de antes y la respuesta social contra el asesinato de Miguel Ángel Blanco lo había mostrado con bastante claridad. Pero fue esa ruptura de la tregua la que lo catapultó.

En el interior de los sectores más organizados, activos e influyentes de este movimiento se ha tardado en aceptar ese imparable efecto autodestructivo que ETA le estaba generando. Hizo falta que los atentados de Madrid, en marzo de 2003, revelaran que no había ya tiempo ni espacio para ETA porque provocaría una repulsa social que ahogaría cualquier espacio político para la izquierda abertzale. Y ha hecho falta que ésta comprobara que el Estado podía ya arrinconarle, reprimirle y acallarle sin que hubiese acción social que lo impidiese. Todavía hay sectores de la izquierda abertzale que están lejos de haberlo asumido y contemplan la situación más como una nueva experiencia necesaria que como el cierre de una experiencia pasada. Pero al menos parece que la conciencia de esa dinámica autodestructiva tiene el peso suficiente para iniciar dicho cierre.

Fortalezas y debilidades. Pese a la afición de algunos analistas a negar la mayor y, en consecuencia, a considerar imposible que un movimiento sociopolítico pueda ser, al mismo tiempo, nacionalista y de izquierda, lo cierto es que la conjunción de ambas ha sido la médula de éste. Un nacionalismo “más nacionalista”, por decirlo de alguna forma, que el oficial representado por el PNV; un nacionalismo definido por el choque con el Estado. Una identidad de izquierda “más izquierdista” que lo que representan las tradiciones socialistas o comunistas (tradiciones que, además, reflejan una trayectoria poco democrática respecto a la cuestión nacional vasca) y mucho más cercana a las re-

presentadas por las izquierdas radicales o revolucionarias. Que esas sean características de un movimiento sociopolítico (y no sólo de las fuerzas militantes estructuradas en Batasuna) es, sin duda, su mayor fortaleza. Es evidente que esta constatación quedaría totalmente coja sin subrayar su dependencia respecto a las orientaciones y hasta las necesidades de ETA. La organización armada ha sido el catalizador principal de la dinámica de este movimiento y ha sido quien ha marcado su dirección política.

Hay, seguro, una rica herencia derivada de las prácticas de resistencia al sistema que la izquierda abertzale ha experimentado en todos estos años, y, puede añadirse, dichas prácticas también se entroncan con el papel central de ETA. Pero en esa experiencia hay lastres negativos que la mera paralización de la lucha armada, por “permanente” que se presente, difícilmente eliminará.

En primer lugar los derivados de que su pensamiento, su discurso y su práctica se hayan moldeado en la fragua de ETA. Un ejemplo elocuente es el de la estrategia denominada “socialización del dolor” que se constituyó como eje articulador de su política desde los años 90. La “socialización del dolor” transformó en confrontación con la sociedad lo que había sido enfrentamiento de ETA con el Estado y generó uno de los agujeros negros del que más le costará salir: la supeditación de cualquier medio de acción a los fines. El largo listado de desconocidos concejales del PP y PSOE asesinados y la ampliación de la amenaza militar contra cualquier nivel de representación pública de esos partidos ha sido la expresión extrema de ese proceso.

Pero si ETA ha podido mantener su estrategia en esa orientación ha sido porque ha contado con la cobertura de la izquierda abertzale identificada con la misma. En esa cobertura se ha construido buena parte de su pensamiento político, y en ella se ha forjado todos estos años la juventud que se ha incorporado a sus filas.

Otro de los grandes lastres negativos de la experiencia de la izquierda abertzale es su muy escaso reconocimiento del pluralismo y la democracia en el propio campo de la izquierda. Recordemos un ejemplo. Cuando al calor de la anterior tregua de ETA, Herri Batasuna (HB) lanzó el proyecto de un nuevo movimiento político de izquierda, Euskal Herritarrok (EH), fueron amplios los estratos de la izquierda vasca exterior a HB que se sumaron al mismo con entusiasmo. Valga como ejemplo que, en la práctica, una organización entera como Zutik se incorporó a dicho proceso. De alguna manera, aquello escenificaba a la izquierda abertzale como aglutinante de una nueva dinámica de reconstrucción de la izquierda radical vasca. Pero sin que esos sectores incorporados a EH se enteraran siquiera de ello, mucho menos sin que participaran en discusión alguna al respecto, los cambios de estrategia de ETA decidieron por arriba apartar a EH del espacio electoral, cerrarlo como proyecto abierto, para convertirlo en pura correa de transmisión supeditada, y declarar así la ejecución política del proyecto mismo.

Hay, también, posiciones programáticas o políticas mantenidas por la izquierda abertzale que podrían merecer una crítica en toda regla. Pero esos dos lastres señalados son más pesados y difíciles de cambiar porque constituyen estructuras de pensamiento y de comportamiento sobre la forma de entender y actuar en el escenario social y político. El discurso de Arnaldo Otegi en Anoeta, hace ya año y medio, con el que la izquierda abertzale abrió el proceso que lleva al “alto el fuego permanente” de ETA,

incorporaba algunas reflexiones que podían apuntar elementos autocríticos en este sentido. Pero luego apenas han tenido continuidad.

La izquierda abertzale tiene en el inmediato futuro un campo de posibilidades muy positivo. Es, sin duda, una de las grandes protagonistas del proceso de paz. Tiene reivindicaciones y objetivos muy movilizados en los que su papel es clave (su propia legalización, las presas y presos...). Con un PNV cuya dirección actual parece empeñada en apartarse de los discursos y propuestas más soberanistas de Ibarretxe y jugar más a negociar con el Estado sobre control de competencias, la izquierda abertzale tendrá con toda seguridad un papel central en los procesos sobre los que vaya articulándose y el debate y los caminos sobre la autodeterminación o el “derecho a decidir”.

Pero sin una reflexión autocrítica esos lastres del pasado, parece difícil que la Batasuna actual se convierta en aglutinante de un proceso de recomposición política para el conjunto de la izquierda radical vasca. Incluso puede resultarle difícil llevar a buen puerto todas esas posibilidades positivas que tiene por delante. Pero también es difícil que una reflexión autocrítica en estos campos pueda darse sin producir tensiones muy difíciles de sostener dentro de la propia izquierda abertzale. La forma en que se resuelva esta tensión es, a mi entender, la cuestión más importante para la izquierda abertzale y, dado su peso mayoritario, para toda la izquierda vasca.

El inestable suelo de las otras izquierdas. Tampoco parece probable que las otras organizaciones de la izquierda vasca tengan la fuerza suficiente para generar esa necesaria dinámica de reflexión que permita abrir nuevos procesos de recomposición de cara al futuro. De una u otra manera esas otras izquierdas parecen también sumidas en procesos de crisis que, en la nueva situación, pueden acentuarse aún más.

En el PSE-PSOE, las escasas voces que en algunos momentos y en algunos detalles han podido sonar a pensamiento de izquierda alternativa aparecen muy cómodamente instaladas en una orientación política que se resume en la línea y el protagonismo del presidente Zapatero. Además, la nueva situación está favoreciendo las expectativas electorales y políticas socialistas. Sin duda, un mal final del proceso pesaría contra ellos. Pero mientras se mantenga la dinámica actual, la credibilidad de su línea oficial crece. Nada de todo eso va, desde luego, en lo que en este artículo se especula sobre renovación de la izquierda vasca.

Ezker Batua/Izquierda Unida (EB/IU) tiene su propio espacio electoral y de redes sociales de base. Aunque la “desmilitarización” de ETA pueda provocar algún trasvase electoral de IU/EB hacia lo que represente a la izquierda abertzale, no será, posiblemente, un problema mayor. Pero la actual representación institucional de EB/IU está sobredimensionada porque no se permitió contar los votos de Batasuna ni en los ayuntamientos, ni en las juntas generales provinciales de la Comunidad Autónoma Vasca, ni en los parlamentos de ésta y de Nafarroa. Y, en el caso de EB/IU, esa sobredimensión es la que marca la diferencia entre estar y no estar en las instituciones. Además el panorama político vasco apunta, al menos a la fecha de hoy, al mencionado crecimiento de las expectativas electorales del PSE-PSOE, lo que podría resultar negativo para EB/IU.

El espacio de Aralar dependía estrictamente de que un sector amplio de la izquierda abertzale decidiera pasarse a un espacio desvinculado e incluso confronta-

do a ETA. El cálculo era, más o menos, que el efecto autodestructivo de la continuidad de ETA provocaría una ruptura amplia en la izquierda abertzale que Aralar podría capitalizar. Esto no ha ocurrido, salvo parcialmente en Nafarroa. El suelo de Aralar es particularmente inestable porque no tiene otra referencia política que la de reclamarse izquierda abertzale, pero no puede competir en ese campo con Batasuna. Además es probable que electoralmente pierda terreno en la medida en que Batasuna recupere espacio legal, y eso puede tener efectos devastadores en una Aralar muy marcada por su perspectiva electoral y muy débil en lazos y redes vinculados a los movimientos sociales.

Aunque Zutik sigue formalmente uniendo su sigla a cuantas iniciativas se producen en la línea de defensa del derecho a decidir y de la autodeterminación, el discurso y las orientaciones de su principal activo político -Batzarre en Nafarroa- así como la línea de pensamiento que, de alguna manera, marca la orientación de sus publicaciones, están caminando a un desencuentro total con el espacio político autodeterminista vasco y, más aún, con los espacios de comunicación con la izquierda abertzale. Quizá la convivencia en Zutik de estos dos puntos de vista políticos cada vez más lejanos entre sí, sea debida a que como tal organización no interviene ni ocupa espacio de acción en el escenario político (salvo el citado añadido de su sigla a otras en ocasiones). Pero, en todo caso, se trata de una muy mala colocación para, como tal Zutik, poder tener al menos voz propia sobre los problemas de la izquierda vasca sin ETA.

El nuevo tiempo del “alto el fuego permanente de ETA” debería ser, también, aquel en el que la izquierda vasca saldara cuentas con el pasado y reiniciase procesos articulados de renovación. Desde un punto de vista sociológico esto es más importante en el movimiento al que se siente unido el sector más ampliamente mayoritario de esa izquierda, es decir en la izquierda abertzale. No hay, por el momento, datos positivos que apunten en esta dirección excepto uno muy importante: ahora puede desaparecer más fácilmente la enorme barrera de incomunicación que ha existido entre la izquierda abertzale y las demás izquierdas políticas vascas. Que esa posibilidad se transforme en realidad está por ver. Pero favorecer la comunicación, es decir los debates y algunas nuevas experiencias comunes a todo el campo político vasco situado a la izquierda del PSE-PSOE, es una línea de trabajo que puede resultar positivo para ello. En ese esfuerzo estamos ya trabajando algunas personas y para él esperamos ir ganando voluntades.

Petxo Idoyaga es miembro del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*

1/ Aunque no tiene interés para el objeto de este artículo analizarlos, no está de sobra, al menos, recordar algunos hechos. De una ruptura de la Vª Asamblea de ETA, a mediados de los años 60, nació EMK que terminaría configurando el maoísta MC. De otra ruptura en el año 1970, nacería ETA VIª Asamblea de la que se formaría en Euskal Herria nuestra trotskista LKI, dentro de la LCR. Alguna gente proveniente de la misma ETA VIª recaló en el PC y llegó a ocupar su dirección, pero al poco tiempo ingresaron en Euskadiko Ezkerra que se había formado a partir de la escisión entre ETA(milits) y ETA(poli-milits); y un tiempo después una parte importante de la dirección y cuadros de Euskadiko Ezkerra se pasaron al PSOE, disolviéndose la organización como tal. El último caso de un partido político cuyos orígenes remiten a la historia de ETA ha sido Aralar.